

## CAPÍTULO V

### El dón de consuelo concedido por Dios al señor Párroco de Ars.

ADemás de los enfermos y pecadores, los que en mayor número afluían en rededor del Beato Vianney eran los afligidos. En el estrecho recinto de la pobre iglesia de Ars se reunían de día y de noche todas las condiciones de la humanidad doliente, con sus infortunios y sus llagas. Los extremos del lujo y de la miseria, del poder y de la debilidad, se juntaban allí continuamente; y á veces se encontraban para aproximarse y hacerse bien, porque unos llevaban ya lo que venían á buscar los otros.

Nada era tan sorprendente como la mezcla de rangos y clases, y el contraste de situaciones las más diversas, poniéndose en contacto por un lado: por la igualdad ante el dolor. Todos habían sufrido las tribulaciones de la vida; todos habían sido heridos en la lucha; todos se quejaban del destino; todos eran acogidos con la misma afabilidad compasiva: y si había alguna excepción en esa imparcial ternura, era en favor del pequeño, del pobre, sobre quien pesaba

mayor número de penas y tenía que sufrir mayor suma de miserias é infortunios.

Disgustos domésticos, reveses de fortuna, desastres inesperados, familias revueltas, reputaciones comprometidas, ambiciones frustradas, traiciones, ilusiones desvanecidas, deseos inquietos, arrepenimientos estériles, débiles oprimidos, inocentes perseguidos y existencias martirizadas: todo género de desgracias estaba representado en la multitud que rodeaba al señor Párroco de Ars y llenaba su iglesia. ¡Cuántas confianzas se han hecho dentro de aquel pequeño recinto...! ¡Cuántas y cuán dulces lágrimas se han derramado en él...! El venerable Párroco oía cosas que rasgaban el corazón: entonces se paraba, juntaba sus manos, levantaba al cielo sus ojos llenos de lágrimas, hacía una fervorosa súplica, y luego los bajaba, fijándose sobre los desgraciados, que hallaban un principio de esperanza y de consuelo en la profunda simpatía de aquella mirada llena de bendiciones celestiales y de divinas promesas.

Había en la iglesia de Ars como una fuente inagotable, de la que cada uno venía á tomar el refrigerio conveniente á su alma: el joven, la fuerza para resistir á sus malas inclinaciones; la joven, la última palabra de su vocación; la madre de familia, el secreto de su abnegación, el consejo para las situaciones difíciles, y el consuelo para los días malos; el hombre maduro, el perdón de los errores de su juventud; el anciano, la gracia de una buena muerte. La inquietud dejaba allí sus agitaciones; el vicio su fealdad y sus afrentas; la debilidad sus tentaciones de desaliento, y la desesperación sus proyectos de suicidio. Todos llevaban, después de la visita, pensa-

mientos más serenos, cierta esperanza dulce y tranquila sobre el porvenir, y más valor para sobrellevar las tristezas presentes.

El poder para consolar del santo varón era inmenso. No tenía más que hablar, y su palabra tocaba el mal en su raíz; cicatrizaba la herida, calmaba el dolor, dulcificaba todo lo que había de irritante y abrasador en los remordimientos, de acerbo y roedor en los sentimientos coléricos; y todo eso sin aparato, sin énfasis, sin esas exterioridades que ayudan al discurso, que imponen, que persuaden y ganan los corazones. El Párroco de Ars nada buscaba ni decía por sí mismo; Dios era quien hablaba por él y hacía eficaz su palabra.

Una madre de familia, joven aún, no podía resignarse á morir dejando sobre la tierra cinco huérfanitos. Llegóse el Párroco de Ars á la cabecera de la moribunda, la exhortó, y súbitamente se obró en ella un cambio admirable. No solamente quedó dispuesta á conformarse en todo con la voluntad de Dios, sino que ofreció gustosa el sacrificio de su vida; deseaba la muerte y la llamaba con toda sinceridad, creyéndose feliz, decía, en confiar el porvenir de sus hijos á la sabiduría y providencia de un Ser infinitamente perfecto.

Conocimos á una mujer que había perdido á su hijo único, y cuya desesperación era como la de Raquel. El venerable Párroco supo calmar su inconsolable dolor de madre con palabras inspiradas por Dios.

La Condesa C... murió dejando siete hijos pequeños, y su infortunado esposo llevó todos los huérfanos en peregrinación á Ars. Aunque el venerable Párro-

co hubiese conocido y dirigido á la joven Condesa, no hubiera hablado mejor de la vida angélica que hacía, y del gran vacío que había dejado sobre la tierra. Para consuelo del padre y de los hijos, manifestó el lugar que cerca de Dios ocupaba la esposa y madre que habían perdido. Los alentó, y, sin precisarles á olvidar la tumba de la difunta Condesa, les hizo levantar sus pensamientos al cielo. Esta familia salió de Ars consolada y confortada.

Halláronse un día en Ars dos mujeres desoladas, dos madres que habían perdido todas las esperanzas que podían tener en este valle de lágrimas. Jamás se habían visto, pero los grandes infortunios se adivinan. Esas dos mujeres se conocieron al primer golpe de vista, se dieron la mano, se abrazaron y lloraron juntas. Antes de haber visto al santo Párroco, una y otra habían hallado ya, si no completo consuelo, al menos bastante alivio en sus penas.

Una de esas dos desconsoladas mujeres era buena cristiana; pasaba su vida santamente ocupada en la práctica de la oración, de la virtud y de las buenas obras; gastaba la mayor parte de los días al pie del altar, pero las contradicciones y las cruces caían sobre ella frecuentemente para acrisolar su virtud. Había visto morir sucesivamente á sus tres hijos: y á la desolación é inmenso dolor que la aquejaba, se unía la aflicción de una familia ilustre, cuyo nombre iba á desaparecer.

La otra desgraciada era una de esas criaturas frívolas, que dejaban dormir la fe que han recibido en el santo bautismo, y que una educación cristiana ha conservado algún tiempo en su corazón. Corría á los placeres con frenesí, y, en medio de las delicias del

mundo y de los honores de la tierra, había tenido la inmensa desgracia de ver morir á su hijo único. Ésta fué la primera que tuvo la suerte de ser presentada al señor Párroco de Ars.

El siervo de Dios escuchó sus lamentos con tierna compasión, lloró con ella; le habló un lenguaje lleno de unción y consuelo, la mandó arrodillarse; se arrodilló y oró con ella, de modo que el padre más cariñoso no hubiera tenido con su propia hija tan tierna y delicada solicitud.

No procedió así con la buena cristiana, sino al contrario; como sabio director, la trató, no con severidad, pero sí con gravedad y firmeza. No la reprochó sus lágrimas, pero la puso en guardia contra los excesos de su dolor. Y como ella tenía seguridad de la salvación de sus hijos, muertos en la edad de la inocencia, la reprendió por el afecto natural, egoísta y bajo que la hacía mirar con dolor y amarga pena la muerte que había asegurado su eterna dicha. Supo también reponer el pobre corazón de la madre, un instante turbado y abatido, elevándola á las altas y sublimes regiones de la fe, y animándola con las nutritivas amarguras de la Cruz, como había ofrecido á su desgraciada compañera la leche y miel destinada para los niños.

Transcribiremos, por fin, algunas cartas de personas respetables que dan testimonio de ese poder consolador, hallado en Ars.

«Hace ya muchos años—decía uno,—que me llena de desolación el estado de mi pobre hermana; el único momento en que he podido concebir un poco de esperanza, ha sido el en que recibí vuestra preciosa y consoladora carta.

»Sea, pues, siempre bendito el santo Párroco por su gran caridad y compasión. ¡Ay! En nadie he hallado tanto amor y piedad, sucediendo á veces que, cuando buscaba algún auxilio ó consuelo que alentase á mi pobre hermana, se la juzgaba con severidad y se la condenaba, sin considerar que su estado es independiente de ella misma, y que los recursos humanos nada pueden para aliviarla... ¡Oh buen Dios! Para consolar y reanimar á esa alma tan querida, eran necesarias las oraciones del santo Párroco de Ars.»

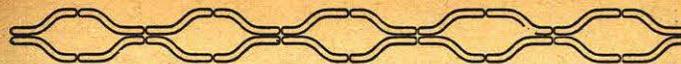
«Las palabras del venerable Párroco (decía otro), y sus oraciones, caen sobre mí como un rocío del cielo: no necesito manifestar reconocimiento, porque vuestros corazones comprenderán el mío. Después de tantas emociones y de angustias tantas, me mandáis un bálsamo que cicatriza mis llagas. Mañana comenzaré con gran gozo esa Novena, en la que estaremos unidos de corazón, y seguiré en todo los consejos del santo Párroco. Sus oraciones y el recuerdo de sus palabras es lo que me ha tranquilizado estos días, en medio de inquietudes horribles. ¡Bendito seáis por el consuelo que me ha traído vuestra carta en un momento de tanta necesidad para mí! La frase del santo Párroco de Ars: *Ver á Dios en todo, y gozar de todo lo que Dios quiere*, es una fuente inagotable de serias meditaciones; yo espero que Dios me concederá la gracia de aprovecharme de ella.

»Sólo el recuerdo de que ora por mí un hombre tan santo, me da nuevo aliento. Dios manda grandes tribulaciones sobre mi familia, pero con una misericordia evidente. Me postro respetuosamente á los

»pies del santo Párroco, recordándole su promesa.»

Algunos días después de la muerte del siervo de Dios, recibimos las siguientes líneas:

«Pido á Nuestro Señor me conceda la gracia de  
 »volver á Ars: tengo necesidad de respirar el aire  
 »puro de aquella atmósfera. Mientras vivió el santo  
 »Párroco, nada me detenía, porque estaba segura de  
 »hallar en él consejo y fuerza. Tres ó cuatro veces al  
 »año iba á beber en esa fuente viva, y siempre vol-  
 »vía animosa para sobrellevar con paciencia y resig-  
 »nación cristiana las tribulaciones y penas que halla-  
 »mos á cada paso de nuestra vida; siempre salía uno  
 »de su presencia con el corazón lleno de fuerza y es-  
 »peranza. Hoy me hallo cual barco desarbolado. No  
 »es fácil describir el vacío que deja en el mundo la  
 »ausencia de tan santo hombre.»



## CAPÍTULO VI

### De la eficacia de las oraciones del Párroco de Ars.

**N**O todos los que iban á Ars se confesaban, ni todos llevaban dudas que consultar, ni todos, en fin, recurrían á los consejos del santo Párroco para recibir de él la luz y fuerza que necesitaban; pero todos querían encomendarse á sus oraciones, todos deseaban tener parte en sus sufragios, y esto era porque todos comprendían que su verdadera fuerza estaba en la *oración*. Las personas que le veían con más frecuencia y le trataban más de cerca, estaban convencidas de que Nuestro Señor nada le negaba, y que para alcanzar cualquier gracia no tenía más que pedirla. Esta confianza nacía naturalmente, observando el fervor extraordinario con que rezaba la oración que nos enseñó el Divino Maestro, y que lo comprende todo, desde la santificación del nombre de Dios hasta la humilde petición del pan de cada día. Se notaba, al repetir esa oración divina, que ejercía con ella una fuerza inmensa de impetración.

«Para que yo recobrase la vista—decía un joven